

la cuadra. Los caballos, en el fondo de sus compartimientos, volvían la cabeza, respirando más fuerte, inquietos por aquel ruido de lucha que habían oído detrás de ellos. El sol acababa de ascender á los dos tragaluces; dos rayos amarillos salpicaban la obscuridad con rutilante polvillo; y el pavimento, en el espacio en que los rayos le herían, humeaba y exhalaba un aumento de olor. Entretanto, Clorinda, muy sosegada, con el látigo bajo el brazo, se había deslizado nuevamente junto á Monarca. Y le llenaba de besos el hocico, diciendo:

—Adiós, hermoso. Tú tienes juicio.

Rougón, asendereado, corrido, experimentaba una gran tranquilidad. El último latigazo parecía como si le satisficiera la carne. Con las manos, que permanecían temblorosas, reanudaba la corbata y tocaba el batín para cerciorarse de que estaba bien abrochado. Luego quedóse sorprendido al ver que iba quitando con todo cuidado, de la amazona de la joven, las pajitas que se le habían adherido. El temor de ser encontrado allí con ella, le hacía prestar oído. Y, como si nada extraordinario hubiese acontecido entre ellos, dejábale la joven dar vueltas en torno de su falda, sin el menor temor. Cuando le rogó que abriese la puerta, obedeció sin vacilar.

Luego, en el jardín, anduvieron pasito á paso. Rougón, que sentía un ligero escozor en la mejilla izquierda, se aplicaba el pañuelo. Desde el umbral del gabinete, la primera mirada de Clorinda fué para el reloj.

—Esto suma treintidos billetes—le dijo sonriendo. Y como él la mirase sorprendido, ella rió á más y mejor, prosiguiendo:

—Despache usted en seguida, pues la manecilla no para. Como que ya empieza el trigésimo tercero minuto... Mire usted, pongo los billetes sobre su pupitre.

Rougón dió los trescientos veinte francos sin titubear. Sus dedos tan sólo experimentaron un ligero escalofrío, al contar las monedas de oro; era un castigo que se infligía. Entonces, entusiasmada Clorinda por el modo como se desprendía de tamaña cantidad, se adelantó con ademán de seductor abandono, y le presentó la mejilla. Y así que Rougón le hubo dado un beso paternal, se fué entusiasmadísima, diciendo:

—Gracias por esas pobres niñas... Ya no me quedan más que siete billetes que colocar. Mi padrino los tomará.

Cuando Rougón se encontró solo volvió á sentarse en el bufete, maquinalmente. Reanudó su interrumpida tarea, escribió durante unos minutos, consultando con gran atención los documentos esparcidos á su vista. Después se quedó con la pluma en los dedos, con el rostro grave, mirando al jardín, con la ventana abierta, sin ver. Lo que creía ver á la ventana, era la delicada silueta de Clorinda, que se balanceaba, se enroscaba y volvía á desenroscarse, con la muelle voluptuosidad de azulada culebra. Se arrastraba, volvía á entrar; y, en

el centro del gabinete se mantenía erguida, con la viviente cola de su traje, vibrantes las caderas, mientras que los brazos se tendían hacia él, en un desliz sin fin de flexibles anillos. Poco á poco, su seductora persona lo invadía todo, se abandonaba por doquier, sobre la alfombra, sobre los sillones, á lo largo de la tapicería, silenciosa, apasionadamente. Un olor acre y voluptuoso se exhalaba de todo su sér.

Entonces Rougón lanzó violentamente la pluma y dejó, colérico, el bufete, haciendo crujir los dedos unos con otros. ¿Iba por ventura á no dejarle trabajar ahora? ¿volvía loco, al ver cosas que no existen, él, cuya cabeza tan sólida había sido siempre? Hacía memoria de una mujer de otro tiempo, cuando era estudiante, junto á la cual escribía noches enteras, sin oír siquiera su suave respiración. Alzó la cortina, abrió la segunda ventana y estableció una corriente de aire, empujando brutalmente una puerta, al otro extremo de la habitación, como si se viese amenazado de asfixia. Y con el irritado ademán con que habría arrojado alguna avispa peligrosa, se puso á aventar con el pañuelo el olor que había dejado Clorinda. Cuando ya no la sintió allí, respiró ruidosamente, se enjugó el rostro con el pañuelo, para disipar el calor que aquella hermosa joven le había en él dejado.

Entretanto no podía continuar la página comenzada. Anduvo de un extremo á otro del gabinete, con lento paso. Al mirarse en un espejo, distinguió

una mancha roja en su mejilla izquierda. Acercóse y se examinó fijamente. El látigo había dejado tan sólo un ligero rasguño; aquéllo lo podía explicar por un accidente cualquiera. Mas si su rostro conservaba apenas el chirlo de una delgada y rosada línea, él sentía de nuevo en la carne, y profundamente, la ardiente quemadura del azote que le había cruzado la faz. Corrió á un gabinete de tocado, instalado tras de una antepuerta, y allí se humedeció la cabeza en una palangana de agua, lo que le alivió en gran manera. Tenía miedo de soñar con ella, en tanto que la pequeña desolladura de la mejilla no le quedase curada. El calor que le ardía en aquel sitio, se le extendía por todos sus miembros.

—¡No, no quiero!—decía en voz alta, al volver al gabinete.—Al fin y al cabo, sería una estupidez.

Sentóse en el canapé con los puños cerrados. Un criado entró á decirle que el almuerzo se enfriaba, sin sacarle de aquella abstracción de luchador, que se las había con su propia carne. Su ruda faz se henchía movida por un esfuerzo interior; su cuello de toro estallaba, sus músculos se distendían como si estuviese dispuesto á ahogar en sus entrañas, sin el menor grito, alguna fiera que le devorase. Aquel combate se prolongó diez largos minutos. No hacía memoria de haber desarrollado en toda su vida tanto poder; de él salía desencajado el rostro y bañado en sudor.

Por espacio de dos días Rougón no recibió á nadie. Habíase engolfado en un trabajo considerable,

y toda la noche la pasó velando. El doméstico le sorprendió tres veces más, recostado sobre el canapé, como atontado y con rostro que daba miedo. En la noche del segundo día se vistió para ir á casa de Delestang, en donde debía de comer. Mas, en vez de atravesar los Campos Elíseos, remontó la avenida y entró en el hotel Balbi. No eran más que las seis.

—La señorita no está—dijo la criadita Antonia, deteniéndole en la escalera, con su risa de cabra negra.

Alzó la voz para que se le oyese, y hallábase vacilando entre si se retiraba ó no, cuando Clorinda apareció en lo alto, inclinándose sobre la barandilla.

—¡Suba usted!—gritó.—¡Qué animal es esa muchacha! No comprende nunca las órdenes que se le dan.

En el primer piso le hizo entrar en una estrecha habitación, al lado de su cuarto. Era un gabinete de tocado, un papel de ramaje azul claro, que había mandado amueblar con una gran mesa escritorio de caoba, ya sin barniz, apoyada en la pared, con un sillón y un armario. Multitud de papelotes veíanse aquí y allá cubiertos con espesa capa de polvo. Cualquiera habríase creído en la oficina de algún alguacil de equívoca conducta. Tuvo que ir por una silla á su habitación.

—Le esperaba á usted—gritó desde el fondo de aquella estancia.

Luego que hubo traído la silla, le dijo que estaba

despachando su correspondencia. Y le enseñaba anchas hojas de papel amarillento, esparcidas sobre la mesa, llenas de gruesa y redonda letra. Al sentarse Rougón, observó que iba püesto de frac.

—¿Viene usted á pedir mi mano?—le preguntó alegremente.

—Precisamente á eso—le contestó.

Y luego agregó sonriendo:

—No para mí, sino para uno de mis amigos.

Clorinda se le quedó mirando, indecisa, sin saber si hablaba en serio ó en broma. Hallábase despeinada, nada limpia, con una bata roja mal ajustada; hermosa, á pesar de todo, con la irresistible belleza de una antigua estatua, olvidada casi en la tienda de una tendera. Mientras se chupaba uno de los dedos que acababa de llenarse de tinta, olvidóse de examinar la ligera cicatriz que se veía aún en la mejilla izquierda de Rougón. Acabó por repetir á media voz, con semblante distraído:

—Estaba segura de que vendría usted; solo que le esperaba más pronto.

Y agregó en voz más alta, haciendo memoria y continuando la conversación:

—Entonces, es para uno de sus amigos de usted, su más caro amigo, sin duda.

Y su seductora risa se dejaba oír. Persuadida estaba ahora de que Rougón hablaba por cuenta propia. Sentía gran comezón por tocarle con el dedo la cicatriz, de cerciorarse de que le había marcado y que para en adelante le pertenecía. Pero Rou-

gón la cogió por las muñecas y la sentó cariñosamente sobre el sillón de cuero.

—Hablemos, ¿lo quiere usted?—le dijo.—Somos dos buenos amigos; ¿le satisface á usted? Pues bien, desde anteayer he reflexionado muchísimo... En todo este tiempo no he pensado más que en usted... Imaginábame que estábamos casados, que vivíamos juntos de tres meses á esta parte. ¿Y no sabe usted en qué veía que ambos estábamos ocupados?

La joven no contestó, un tanto contrariada, á pesar de su serenidad.

—Pues veía que nos hallábamos delante del fuego. Usted se había apoderado de la paleta y yo de las tenazas, y ambos nos sacudíamos las liendres que era una bendición.

Parecióle aquello tan gracioso, que se echó atrás riéndose como una loca.

—No, no se ría usted, hablo en serio,—prosiguió.—No vale la pena de que unamos nuestras existencias para matarnos á testarazos. Juro á usted que esto sería lo que llegaría á suceder. Bofetada limpia y luego la separación... No olvide usted esto: nadie se debe empeñar en unir dos voluntades.

—¿Y entonces?...—preguntó Clorinda, que se había puesto muy seria.

—Entonces, estoy en que obraríamos santísimamente dándonos un apretón de manos y no alimentando el uno por el otro sino una cordial amistad.

Clorinda se quedó muda, con sus grandes y ne-

gros ojos clavados en los de Rougón. Una arruga terrible de diosa ofendida le cruzaba la frente. Tembláronle ligeramente los labios, con silencioso balanceo de desprecio.

—¿Me permite usted?—le preguntó.

Y acercando el sillón á la mesa escritorio, se puso á plegar las cartas. Servíase, como en las oficinas, de grandes sobres grises, que cerraba con lacre. Había encendido una bujía y miraba el lacre arder. Rougón esperaba con toda tranquilidad á que concluyese.

—¿Y es para eso para lo que usted ha venido?—repuso en fin, sin dejar su tarea.

A su vez él no dió contestación. Quería verla de cara. Cuando se decidió á volver el sillón, dirigióle una sonrisa, tratando de que sus miradas se cruzaran; acto seguido le besó la mano, como deseoso de desarmarla. Clorinda conservaba su altanera frialdad.

—Usted sabe muy bien que vengo á pedirla á usted en matrimonio para uno de mis amigos.

Habló largo y tendido. Amábala mucho más de lo que ella se figuraba; amábala sobre todo porque era inteligente y fuerte. Por esto le costaba tener que renunciar á ella; mas sacrificaba su pasión á la felicidad de entrambos. El la quería reina en su propia casa; veíala casada con un hombre riquísimo, á quien impulsaría á su buen talante; gobernaría y no tendría que hacer dejación de su personalidad. ¿No era preferible esto á paralizarse el

uno al otro? Ambos eran muy á propósito para cantarse aquellas crudas verdades cara á cara. Acabó por llamarla «su hija». Era su hija perversa, criatura cuyo espíritu de intriga, le regocijaba, y habría sentido verdadero dolor si llegaba á verla mezquinamente manejada.

—¿Y es eso todo lo que me tenía usted que decir? —le preguntó cuando acabó de hablar.

Habíale escuchado con la mayor atención. Y, alzando los ojos hacia él, repuso:

—Si usted me casa para obtenerme, le prevengo que su cálculo anda equivocado... ¡Tengo dicho que jamás!

—¡Qué idea!—exclamó Rougón, ruborizándose ligeramente.

Tosió y cogió de la mesa una plegadera, cuyo puño se puso á examinar, para que ella no viese su turbación. Pero la joven, sin ocuparse mucho más de él, reflexionaba.

—¿Y quién es el marido?—preguntó.

—Adivínelo usted.

Clorinda sonrió débilmente y se puso á dar golpecitos con los dedos sobre el pupitre y á encogerse de hombros. De sobra sabía de quién se trataba.

—¡Es tan animal!—dijo entre dientes.

Rougón salió á la defensa de Delestang. Era hombre de lo que no había y del que podría servirse como de un dominguillo. Extendióse en detalles acerca de su salud, de su fortuna, de sus costumbres. Por lo demás, él se comprometía á servir-

les, tanto á él como á ella, con toda su influencia, si llegase un día á subir al poder. Delestang no tenía quizás una inteligencia superior; mas no haría ningún mal papel en ninguna situación.

—¡Oh! sí, cumple el programa, se lo concedo á usted—dijo riendo con franqueza.

Después, tras nuevo silencio:

—¡Gran Dios! no digo que no, tal vez está usted en lo cierto... El señor Delestang no me disgusta.

Le miró al pronunciar estas palabras. Creía haber notado, en más de una ocasión, que se sentía celoso de Delestang; mas no vió que se estremeciera el menor pliegue de su rostro. Había tenido en realidad sobrado dominio sobre sí mismo para dar al traste, en dos días, con sus deseos. Parecía, por el contrario, la mar de satisfecho por el buen éxito del paso que acababa de dar; y volvió á la carga poniéndole de manifiesto las ventajas de semejante matrimonio, como si se tratase, cual abogado socarrón, de un negocio particularmente beneficioso para ella. Habíale cogido las manos, en las que daba amistosos golpecitos, como cómplice feliz, repitiendo:

—La cosa se me ha ocurrido esta noche, y en seguida pensé: ¡Estamos salvados!... No quiero que se que de usted para vestir imágenes. Es usted la única mujer que me parece digna de merecer un marido. Delestang viene como anillo al dedo. Con él quedamos por completo á nuestras anchas.

Y agregó en el colmo de la alegría:

—En mi fuero interno, tengo por seguro que me recompensará usted un día, haciéndome asistir á cosas extraordinarias.

—¿Y el señor Delestang está enterado de los proyectos de usted?—le preguntó la joven.

El se quedó un instante sorprendido, como si Clorinda hubiese dejado escapar una palabra que no esperaba de su boca; en seguida contestó con todo sosiego:

—No, es inútil. Ya se le explicará todo más adelante.

Hacía un instante que de nuevo se había puesto Clorinda á cerrar las cartas. Una vez que había puesto encima del lacre un ancho sello sin inicial, volvía el sobre, escribía la dirección, despacio y en sus gruesos caracteres. A medida que echaba las cartas á la derecha, Rougón procuraba leer las direcciones; en su mayor parte, tratábase de nombres de hombres políticos italianos, muy conocidos. Clorinda hubo de percatarse de su indiscreción, pues dijo, al levantarse llevándose la correspondencia para mandarla echar al correo:

—Cuando mamá está con la jaqueta, soy yo quien escribe á allá.

Rougón, habiéndose quedado solo, estuvo paseando en la pequeña habitación. En las divisiones del armario, leyó, como en los despachos de la gente de negocios: *Recibos, Cartas por clasificar, Legajos A*. No pudo por menos de sonreír, al reparar,

en medio de los papelotes de oficina, un corsé que por allí rodaba, estropeado y partido por la cintura. Había también una pastilla de jabón en la concha del tintero, unos trozos de raso azul en el suelo, los despojos de algún arreglo de falda, que se había olvidado barrer. La puerta de la alcoba se encontraba entreabierta y tuvo la curiosidad de alargar el cuello, pero las persianas estaban echadas, y reinaba tal obscuridad, que distinguió tan sólo la grande sombra que ofrecían las cortinas de la cama. Clorinda volvía.

—Me voy—le dijo Rougón.—Cómo esta noche en casa de nuestro hombre. ¿Me deja usted en libertad para obrar?

Ella no contestó. Volvía con el semblante sombrío, como si hubiese hecho nuevas reflexiones en la escalera. Rougón estaba ya apoyado en la barandilla, mas ella le atrajo y cerró la puerta. Era su ensueño el que se alejaba, una esperanza, con tanta inteligencia conducida, que una hora antes la tenía todavía por certidumbre. Toda la quemadura de una ofensa mortal le subía al rostro. Parecía como si la hubiesen abofeteado.

—¿Luego la cosa es seria?—le preguntó, poniéndose contra la luz para que no reparara en la rojez de su semblante.

Y así que Rougón hubo expuesto sus argumentos por la tercera vez, se quedó muda. Temía, si entraba en discusión, abandonarse á la loca ira, cuyo estallido sentía en su cerebro. Hasta tenía miedo

de llegarle á pegar. Después, en el derrumbamiento de la vida que se había ya forjado, perdió la clara noción de las cosas, retrocedió hasta la puerta de la alcoba, casi hasta el punto de entrar, de atraer á Rougón y gritarle: «Ven, tómame, tengo en tí confianza, y no seré después tu mujer, á no ser que así lo quieras».

Rougón, que no cesaba de hablar, comprendió de repente; se calló y se quedó muy pálido. Y ambos se miraron. Por un instante sintieron un ligero temblor de vacilación. El volvía á ver el lecho, al lado, con la gran sombra que proyectaban las cortinas. Ella, por su parte, calculaba ya las consecuencias de su generosidad. De una y otra parte, aquello fué tan sólo el abandono de un minuto.

—¿Está usted por este casamiento?—dijo la joven con lentitud.

Rougón no titubeó un solo instante, y contestó alzando la voz:

—Sí.

—¡Pues bien! obre usted como le parezca.

Y ambos, á menudos pasos, se dirigieron á la puerta y salieron al pasillo, con muy tranquila actitud. En las sienas de Rougón se percibían tan sólo algunas gotas de sudor que acababan de costarle su última victoria. Clorinda se erguía, en la seguridad de su fortaleza. Permanecieron por un instante cara á cara, mudos, no teniendo ya nada que decirse, y sin ser dueños, no obstante, de separarse. Al despedirse él, por último, con un apretón

de manos, ella le contuvo con una corta presión y le dijo sin iracundia:

—Usted se tiene por más fuerte que yo... Se equivoca usted... Tal vez llegue el día en que se arrepienta.

Y no llevó más allá sus amenazas. Acodóse sobre la barandilla para verle bajar. Cuando se halló al pie de la escalera, alzó la cabeza y se sonrieron. Clorinda no alimentaba venganza alguna pueril, soñaba ya en aplastarle mediante algún triunfo de apoteosis. Al volver á su gabinete, sorprendióse á sí misma, diciendo á media voz:

—¡Ah, tanto peor! todos los caminos llevan á Roma.

Desde aquella misma noche, Rougón dió principio al asedio del corazón de Delestang. Llevóle supuestas palabras, en extremo lisonjeras, que la señorita Balbi había pronunciado con respecto á él, en el banquete del Ayuntamiento, el día del bautizo. Y no se dió punto de reposo, desde aquel instante, en hablar al antiguo abogado de la extraordinaria hermosura de la joven. Rougón que, en otro tiempo, le ponía tan á menudo en guardia contra las mujeres, trataba ahora de entregarle á Clorinda, atado de pies y manos. Un día eran sus admirables manos las que ponía en las nubes, otro día celebraba su talle con provocadora crudeza. Delestang, muy inflamable de suyo, y con el corazón ya interesado por Clorinda, no tardó en concebir loca y ardiente pasión. Cuando Rougón le aseguró que en toda su

vida había pensado en ella, confesóle que la amaba desde hacía seis meses, pero que se callaba por temor de atajarle á él los pasos, de convertirse en su rival, en una palabra. Ahora todas las tardes iba á la calle de Marbeuf, para hablar de ella. Hacíase como una conspiración en torno suyo; no se acercaba á ningún hijo de vecino sin oír un entusiasta elogio de aquella por quien bebía los vientos; hasta los Charbonnel, que le detuvieron una mañana, en mitad de la plaza de la Concordia, empezaron y no acabaron de maravillarse y de poner en los cuernos de la luna á «aquella hermosa señorita con quien le veían por doquiera».

Por su parte, Clorinda prodigaba las más amables sonrisas. Habíase trazado un nuevo plan de existencia y acostumbrose en pocos días á su nuevo papel. Obedeciendo á una táctica de su genio, no procuraba seducir al antiguo abogado con la desenvuelta lisura que acababa de experimentar con Rougón. Transformábase, fingía languideces, aparentaba espantos de niña inocente, y tenía por tan dominada por los nervios, que le sobrevenían ataques tan sólo con que se le estrechase una mano con demasiada ternura. Cuando Delestang contaba á Rougón que se le había desmayado en sus brazos, porque se había atrevido á besarle una muñeca, éste consideró el acto como palmaria prueba de gran pureza de alma. Mas, como las cosas marchaban muy con pies de plomo, Clorinda se entregó, una noche de julio, en uno de sus abandonos de colegiala. De-

lestang se quedó como quien ve visiones ante aquella victoria, tanto más cuanto creyó haberse aprovechado villanamente de un síncope de la joven, para obtenerla: habíase quedado como difunta y parecía no hacer memoria de nada. Cuando aventuraba una excusa, ó que intentaba alguna familiaridad, mirábale ella con tal candor, que el hombre se ponía á balbucear, devorado por los remordimientos y aguijado por el deseo. Así fué que, tras de aquella aventura, pensó seriamente en llevarla al altar. Así veía el medio de reparar su menguada acción; más aún, veía la manera de poseer legítimamente la dicha robada, dicha de un minuto, cuyo recuerdo le abrasaba y que desesperaba poder alcanzar de otro modo.

Sin embargo, todavía transcurrieron ocho días antes de que Delestang se decidiera. Fué á consultar á Rougón. Cuando éste comprendió lo que había pasado, quedóse un instante con la cabeza gacha, sondeando todo ese negro abismo que constituye la mujer, la prolongada resistencia que Clorinda le había opuesto, y luego su repentina caída en brazos de aquel papanatas. No vió las profundas causas que determinaron tan ambigua conducta. Por un instante, herido en su amor propio, pasto de una necesidad brutal y grosera, á punto estuvo de cantarlo todo, en medio de un mar de injurias. Por otra parte, Delestang, como caballero que era, negaba toda verdad á las crudas preguntas que aquél le dirigía. Esto fué lo bastante para que volviera en



sí, y para que decidiera al antiguo leguleyo, con toda habilidad. No era que le aconsejase aquel matrimonio, sino que á él le impelía mediante reflexiones casi ajenas al asunto. En cuanto á los asquerosos cuentos que pudiesen correr acerca de la señorita Balbi, le dejaban sorprendido, no les daba el menor crédito; él mismo había ido en busca de informes, y cuanto había llegado á su noticia era de lo más honroso. Por lo demás, no había para qué poner en tela de juicio á la mujer á quien se amaba. Esta fué su última palabra.

Seis semanas después, al salir de la Magdalena, en donde acababa de celebrarse el casamiento con extraordinaria pompa, Rougón contestó á un diputado que se hacía cruces por la elección de Delestang:

—¿Qué quiere usted? Se lo tengo dicho cien veces... había de verse arrollado por una mujer.

Hacia el fin del invierno, cuando Delestang y su esposa regresaban de un viaje á Italia, supieron que Rougón estaba á punto de contraer matrimonio con la señorita Beulin-d'Orchère. Cuando fueron á verle, Clorinda le dió la enhorabuena con gracia sin igual. El, echándola de hombre complaciente, aseguraba que daba aquel paso á instancias de sus amigos. Hacía tres meses que no le dejaban á sol ni á sombra, probándole por *a más b* que un hombre de su posición debía de pertenecer al gremio. El lo tomaba á guasa, agregando que cuando recibía á las personas de su intimidad, por las noches, ni

siquiera había en su casa una mujer que les sirviera el té.

—Es decir, que la idea nació en usted de repente, no le pasaba por las mientes—dijo Clorinda sonriendo.—Debería usted haberse casado al mismo tiempo que nosotros; juntos habríamos ido á Italia.

Y sin dejar de chancearse, le estuvo haciendo preguntas. Sin duda había sido su amigo Du Poizat quien había tenido tan peregrina idea. Rougón juró que nada de eso, y contó que Du Poizat, antes al contrario, se oponía resueltamente á semejante enlace; el antiguo subprefecto no podía tragar al señor Beulin-d'Orchère. Pero todos los demás, el señor Kahn, el señor Béjuin, madama Correur, y hasta los mismos Charbonnel, no metían la lengua en paladar cuando se trataba de las perfecciones de la señorita Verónica: si había de creérseles, la novia había de llevar á su casa, virtudes sin cuento, prosperidades á manta, encantos no imaginables. Y dió fin, tomando el asunto por su lado cómico.

—En resumidas cuentas, es una persona que ha sido hecha expofeso para mí, por lo que no me era posible desairarla.

Y luego añadió ingenuamente:

—Si en el otoño vamos á la guerra, bueno será que pensemos en alianzas.

Clorinda lo aprobó en todo y por todo. También por su parte hizo un gran elogio de la señorita Beulin-d'Orchère, á quien, no obstante, tan sólo había visto de paso una vez. Delestang, quien hasta en-

tonces se había contentado con mover la cabeza, sin quitar los ojos de su mujer, se lanzó á entusiastas consideraciones tocante al matrimonio. Iba á dar principio al relato de su felicidad, cuando Clorinda se levantó, hablando de otra visita que habían de hacer. Y, como Rougón les acompañaba, ella le con- tuvo, dejando pasar delante á su marido.

—Ya le dije á usted—le susurró al oído,—que dentro del año quedaría usted casado.

## VI

Llegó el verano. Rougón vivía en completa tranquilidad. La señora de Rougón, en el espacio de tres meses había llevado la severidad á la casa de la calle de Marbeuf, en donde reinaba en otro tiempo un ambiente de aventuras. Ahora las habitaciones, un tanto frías, pero muy aseadas, trascendían á la vida honrada; los muebles se hallaban metódicamente colocados, las cortinas no dejaban pasar sino resquicios de claridad, las alfombras apagaban los ruidos; todo producía allí la austeridad casi religiosa de un salón de convento; hasta parecía que aquellas cosas databan de otras edades, que se encontraba en una antigua morada rebosante de perfume patriarcal. Aquella alta mujer, fea, que ejercía vigilancia continua, agregaba á aquel recogimiento la suavidad de su silencioso andar; y llevaba el manejo de la casa con tan discreta mano y tan sin esfuerzo, que parecía haber envejecido en aquel sitio, en veinte años de matrimonio.

Rougón se sonreía cuando se le felicitaba, obs-